

—Lee de todo, pero no á la vez; busca un papel y trabájale. No hay que estropear el bien, pues la vida es larga.

Seis semanas después, los carteles anunciaban el primer concierto en el que debía tomar parte Ariadna; pero para presentarse al público había escogido un nombre de guerra: Ariadna Mellini. El profesor lo había aconsejado y la señora Sékourof exigido.

XVI

El concierto debía verificarse en la sala de los Cantantes de la Corte, pequeño salón en donde se oía la música mejor en San Petersburgo. Desde las primeras notas el público comprendió que no era una mujer vulgar la que se presentaba ante él; que tenía una dignidad que no se aprende. Ariadna era una artista de raza, que no podía hacer nada vulgar ó mediano.

El profesor había elegido el público; los billetes estaban colocados todos por él, pues Ariadna no conocía á nadie; fueron repartidos entre esa sociedad casi exclusivamente melómana, que no falta al *debut* de un artista, ni á una audición de música de cámara. Hay en San Petersburgo un núcleo de trescientas ó cuatrocientas personas á las que no les duele gastar una buena parte de sus rentas para animar á artistas jóvenes y para gozar los placeres finos y delicados que produce la música buena ejecutada de un modo irreprochable. Es un núcleo de personas de buen gusto que hacen de San Petersburgo una de las capitales del mundo musical.

Ariadna obtuvo un gran éxito y fué llamada varias veces por los entusiastas *dilettanti*. Su escultural

belleza también contribuía á la ovación de que fué objeto, pero sería injusto pretender que hubiese contribuído en gran parte.

¿En dónde encontró aquella joven tímida el talento de saber caminar con gracia, saludar con naturalidad, cantar sin cohibición? Había nacido cantante; al menos esto era lo que contestaba su profesor cuando le preguntaban.

Mientras que, después del concierto, Ariadna recibía las felicitaciones de algunos aficionados, amigos ó alumnos de su maestro, sintió que una mano enguantada la tocaba familiarmente en el hombro desnudo; volvió la cabeza, hallándose á Olga ante ella.

—He dicho á mamá que tú eras una antigua compañera mía; está encantada de ti; toma, aquí tienes nuestra dirección, ven á vernos mañana.

A la vez que la decía esto, Olga puso en la mano de Ariadna un pedazo de papel partido de un programa en el que concluía de escribir algunas palabras. La princesa Orlina, la mamá de Olga, añadió algunas frases corteses con esa hermosa sonrisa que posee la mujer de mundo cuando quiere ser cariñosa y buena; después, madre é hija, tan hermosas una como la otra, se fueron, dejando oír el roce de sus vestidos de seda sobre el pavimento.

Ariadna regresó á casa de su bienhechora con el corazón rebosante de emociones; la señora Sékourof veía que la muerte se iba apoderando de ella, y tal vez sintió más gozo que la joven artista al oírle referir con sus menores detalles el éxito conseguido.

—Cuando yo no exista—pensaba,—Ariadna, para consolarse de su abandono, tendrá la vida del arte,

tan exigente, tan absorbente, que la hará olvidar el dolor de mi pérdida.

Así es, que aconsejó á la huérfana fuese á ver á la princesa Orlina al día siguiente.

—Puede serte útil—le dijo,—y el talento con más frecuencia se ve elevado por las amistades que por su propio mérito.

Siguiendo este consejo, Ariadna fué á casa de su antigua compañera. Un lujo, del que no podía tener idea, reinaba desde el primer peldaño de la escalera adornada de flores raras, puestas en jarrones aun más raros; dos dragones de bronce japonés guardaban el vestíbulo, y dos lacayos ingleses, tan inmóviles y mucho más tiesos que los dragones, les hacían juego sentados en sus banquetas.

El sencillo traje de seda negro que llevaba Ariadna, no estaba muy en consonancia con aquellos esplendores; así es que la joven tuvo que esperar bastante tiempo antes que los aristócratas lacayos se dignasen anunciar su visita. Pero apenas el sonido de un timbre misterioso resonó en el primer tramo, cuando Ariadna vió precipitarse por la escalera á su antigua compañera, tan bella, tan fantástica, más hermosa que antes. Saltó al cuello de Ariadna y, cogiéndola por el talle, la hizo subir corriendo hasta el primer piso. Hallóse en un vasto salón tapizado de amarillo; ante ella, y vuelta de espaldas, estaba la princesa Orlina arreglando las flores de una jardinera.

—¡Mamá!—exclamó Olga,—¡mírala!

La princesa tendió la mano á Ariadna, diciéndole algunas palabras afectuosas, dirigió á su hija una

mirada llena de mudas advertencias y pasó á otra habitación. Olga se apresuró á llevar á Ariadna á su gabinete.

—¡Vamos! — la dijo cuando estuvieron sentadas en una marquesina de dos asientos tapizada de blanco y rosa, frente á un inmenso espejo de cuerpo entero.—Vamos, cuéntame tus cosas. ¿Qué has hecho, qué haces y qué harás?

—He trabajado, trabajo y trabajaré—respondió Ariadna.

—¡Todo lo contrario que yo!—repuso alegremente Olga.—¡No me gusta hacer nada y tengo intención de seguir así toda mi vida!

Ariadna se sonrió; un programa semejante era bueno para la heredera de una renta de medio millón de rublos, pero no para una cantante pobre.

—¡Que éxito alcanzaste ayer! ¡Eso sí que es hermoso! De buena gana hubiese querido estar en tu puesto... ¡Cómo te aplaudían!... ¿Te causa placer cuando te aplauden?

—Ayer me produjo un gran placer, pero no sé si siempre me lo hará; sin embargo, supongo que sí.

—¡Nadie me aplaudirá nunca!—suspiró Olga con melancolía.—¡Sin embargo, me hubiese gustado intentarlo! Preciso será que represente alguna comedia en sociedad para probarlo; pero son amigos los que nos oyen y aplauden por cortesía, mientras que á ti... ¿Darás pronto un segundo concierto?

—El mes que viene—repuso Ariadna.—Voy á estar dos años sin dejarme oír en público; mi profesor quiere que estudie cinco papeles antes de debutar en el teatro. ¡Hace un mes que no he abierto una par-

titura!

—¡Tú debutarás en el teatro! ¡Que hermoso debe ser! ¡Tienes una voz sin rival!

Ariadna sonrió. Sí, sabía que su voz era única.

—¿Y de aquí á entonces, qué vas á hacer?

—Trabajar. Cuatro horas de canto y dos de piano, el resto del día se pasa pronto en el arreglo de la casa y en leer algo á la señora Sékourof.

—¡Tú trabajas en cosas de la casa! Pero una criatura como tú debía estar por encima de las cosas de este mundo y no descender más que para recrear los oídos á nosotros, á los mortales! ¡Tú no eres un ser mortal, eres una diosa!

—Sin embargo, es preciso trabajar—repuso Ariadna con dulzura.

Olga reflexionó; su hermoso semblante había tomado una expresión de dulzura y de pesar que aun la hacía más bella.

—Dime—le dijo no sin vacilación.—¿No has tenido nunca disgustos por esa historia necia por tu salida del instituto?

—¿Disgustos? ¿Por qué? Nadie me quiere lo bastante para reñirme por que me despidiesen del instituto antes de concluir mis estudios... ¿por qué, pues, había de tener disgustos?

Olga miró á su compañera; hablaba con la mayor inocencia.

—Vamos—añadió.—¿Nadie te ha hablado nunca?

—No veo á nadie más que á mi profesor y á la señora Sékourof, y además una alumna despedida por un motivo de insubordinación no es cosa tan interesante para que se acuerden de ella.

Olga la miró en silencio.

—Puedes contar conmigo—la dijo después de un instante.—Te soy más adicta de lo que tú crees;—si alguna vez te hallas en un apuro, escríbeme ó ven á verme. No me llamarás en vano.

Ariadna quiso retirarse; su amiga la retuvo para hacerla ver las mil chucherías costosas y encantadoras que había en su habitación, y no la dejó partir hasta que la hubo colmado de obsequios y de regalos.

Al regresar á casa de su protectora, Ariadna no pudo por menos que participarle el creciente asombro que la producía el afecto de Olga.

—¿Quién hubiese creído—decía—que esa princesa rica, tan dura á veces conmigo en el instituto, fuese mi amiga en el infortunio?

—Conservad su amistad—la repuso la señora Sékourof;—después de la mía, será la única que os quede, y presiento que la mía no ha de durar mucho.

En efecto, la buena señora se iba debilitando de día en día. No había podido acompañar á Ariadna en su primer concierto. Se anunció el segundo y veía que tampoco podría ir.

Después de haber vigilado el tocado de Ariadna, de haberla puesto sobre la frente la corona de jazmín blanco que eligió, de abrazarla con ternura, se tendió en el lecho, mientras su hija adoptiva partía con Morini. La opresión que sufría siempre, iba desapareciendo poco á poco, sentíase más aliviada, pero en cambio su cabeza estaba más débil, como vacía. Otra hubiese creído experimentar una mejoría, pero ella adivinó la aproximación de la muerte.

—Afortunadamente—se dijo,—he vivido lo bastante para poder dar á esa pobre joven algunos consejos.

La languidez se iba apoderando de ella, quería luchar contra el sueño, pero le era imposible resistirle durante mucho tiempo, y sus ojos se cerraban bajo la suave luz de la lámpara velada por espesa pantalla.

VXII

El concierto en que Ariadna tomaba parte por segunda vez, era un acontecimiento musical: un joven violinista, de un talento sin igual, indiscutible, concluía de arrebatarse al auditorio, ejecutando una polonesa nueva de un brío extraordinario; los aplausos que le prodigaban, apenas extinguidos, volvieron á repetirse con más furia al aparecer Ariadna, quien debía cantar un duo con un tenor entonces en boga, y que no se había dejado oír nunca más que en la Opera. La excepción que hacía en favor de la joven discípula de Morini, había redoblado la curiosidad de los asistentes y todas las miradas estaban fijadas en el escenario.

Ariadna, pálida como siempre que cantaba, esperaba el momento de entrar, mientras el piano ejecutaba un largo *ritornello*; su compañero tranquilamente escudriñaba las filas del público buscando semblantes conocidos á cuyos saludos contestaba con un pequeño ademán y con una sonrisa, cuando una voz muy cerca de Ariadna, en la primera fila de butacas, pronunció una frase corta que hizo estremecer á la joven.

—Su verdadero apellido es Ranine; fué expulsada

del instituto por una intriga con un joven.

—¡No es posible!—replicó otro.

—Es lo que yo digo; es muy hermosa, esto nada significa; al contrario.

Un murmullo de desagrado recorrió la sala. Ariadna había dejado de entrar.

—¡Y bien!—le dijo el tenor,—¿qué le pasa? ¿En qué piensa usted?

Ariadna se asió maquinalmente á alguna cosa inmediata, y era la mano del tenor, quien se la había tendido al verla vacilar.

Un gran movimiento se produjo: ¡la cantante se encontraba mal! Todo el mundo se levantó, algunos se subieron sobre las sillas.

Pero la alarma fue de corta duración. Ariadna, víctima un instante del vértigo, no había perdido el conocimiento, le había bastado tener en que apoyarse para recobrar su sangre fría.

Hizo un signo á su acompañante, quien repitió los ocho últimos compases, y cantó con una voz, una ternura, una desesperación, como nadie había oído nunca. La última nota del duo vibraba aún en el aire, cuando toda la sala se había levantado palmo-teando y gritando: ¡Bravo!

—¡Ah, señorita!—le dijo el tenor presentándola por quinta vez al público entusiasmado;—¡si fuese mujer tendría celos de su éxito!

Debía cantar aún dos trozos más; se le quiso hacer repetir; pero en vez de obedecer á las excitaciones que partían de todos lados, cantó una canción juguetona de una alegría exquisita, y su triunfo fué doble.

El *ritornello* del segundo trozo era bastante largo; lo aprovechó para buscar obstinadamente con la mirada al que había pronunciado su condenación en tan pocas palabras.

Era uno de esos hombres que se llaman buenos vividores; tal vez porque llevan la peor clase de vida que es posible imaginarse. La mirada era insolente, el cuello gordo; los cabellos escasos estaban cortados al rape, tal vez para que se pudiesen contar; un semblante lleno, adornado con mezquinos bigotes, contribuía á darle aspecto de buen muchacho; pero los que le conocían decían de él riéndose y á veces sin reír, que era un mal sujeto. Un broche con condecoraciones certificaba su nobleza y sus servicios: era el general Fremof.

Examinaba á Ariadna como hubiese podido examinar un buen caballo; así es que se sorprendió muy poco al recibir la mirada llena de desprecio y de indignación de la joven, concedida á cambio de la suya. Trató de contestar ensayando una expresión maligna, pero su trabajo fué perdido, pues Ariadna cantaba, y cuando cantaba, el mundo no existía para ella.

Pretextando su indisposición, se apresuró á sustraerse á las felicitaciones de los que la esperaban en el salón de los artistas; después de haberle dado las gracias con vivacidad á Morini, que la acompañó al coche, y al que no invitó á subir, regresó á casa de la señora Sékourof, entrando en su gabinete con menos precaución que de costumbre.

Al sentir el roce del traje de seda, la anciana señora abrió los ojos, tratando de incorporarse, pero

no pudo.

—Acérquese usted, hija mía—dijo á Ariadna asustada por el rápido cambio que observaba en su semblante, tan plácido algunas horas antes y ahora desfigurado por la proximidad de la muerte;—acérquese. ¿Está usted contenta?

—¡Muy contenta!—dijo Ariadna pensando en el concierto.

—Me enoja perturbarle la alegría; pero mis horas están contadas—prosiguió la señora Sékourof con voz extrañamente velada.—Mis últimos consejos y el último presente que la puedo ofrecer, los encontrará usted en mi cajita sobre la mesa... Sea usted una mujer honrada, como ha sido una joven honrada...

—¡Mi segunda madre—gritó Ariadna con desesperación,—mi bienhechora, mi único socorro! Hay un hombre que ha dicho que yo tuve una intriga en el instituto y que por eso me expulsaron... ¡Ha mentido, usted lo sabe bien!

Los ojos de la señora Sékourof se abrieron y dos lágrimas se deslizaron por sus pálidas mejillas.

—Sé que eso no es cierto... pero la sociedad así lo cree; la despidieron á usted del instituto con pretexto de intrigas.

—¡Ah!—exclamó Ariadna,—ahora comprendo por qué vivimos en la obscuridad. ¡Estoy deshonrada!—

La señora Sékourof movió debilmente su mano ya helada.

—Usted no está deshonrada, puesto que no ha hecho nada malo... Lo sabía todo—continuó,—por eso...

—Por eso me ha recogido usted — interrumpió

Ariadna cayendo de rodillas junto á su bienhechora. Dios le dará la gloria, pues es usted una santa.

Lloraba amargamente por la protección que iba á perder.

—Dios le debe á usted también la gloria—dijo la moribunda poniendo una mano sobre la rubia cabeza de la joven aun coronada de flores.—¡También ha sufrido usted mucho en este mundo! La vida ha sido muy dura para usted, Ariadna; tenga paciencia y sea generosa.

Ariadna pidió socorro, ¿pero, qué hacer contra la muerte? Al llegar el alba, ya no tenía protectora. La mano que la recogió en aquel bendito hogar aun debía darle alguna cosa; en su testamento, la señora Sékourof, que vivía de un pensión, había dejado á su protegida una cantidad muy insignificante, pues sólo ascendía á una renta anual de doscientos rublos.

«Es muy poca cosa—decía una carta unida al legado,—es apenas lo suficiente para poder comer un pedazo de pan, pero es también lo bastante para libraros de la mala tentación. Con eso y el trabajo que pueda hacer, terminará usted sus estudios y podrá ingresar en el teatro. Mi bendición la seguirá por todas partes, puesto que ha sido usted un alma honrada y no la dejará desmayar.»

Ariadna, tres días después de la muerte de la señora Sékourof, se encontró en una habitación que no estaba alquilada más que por dos semanas, y cuyos muebles los reclamaban los herederos, descontentos al ver perder en beneficio de una extraña un puñado de dinero. Felizmente, el concierto la pro-

dujo algún beneficio; le sirvió para pagar su vestido blanco y hacerse un traje de luto. Cuando todo estuvo arreglado, una mañana, al tomar el te, consultó su bolsillo; le quedaba un capital de ciento treinta y dos rublos, y diez y seis rublos de renta cada mes.

XVIII

El examen de los recursos no era para inspirar á Ariadna una confianza ciega en el porvenir; fué en busca de su profesor para suplicarle le permitiese debutar un poco antes del plazo fijado. Morini fué inflexible.

—Desde hace diez años—dijo,—he tenido diez discípulas que todas tenían talento, que todas habían hecho buenos estudios, y que han querido debutar antes de estar suficientemente preparadas: ¿en dónde están ahora? ¿Quién conoce sus nombres? Sin embargo, todas han cantado, unas en invierno, otras dos veces, y para concluir con una palabra su historia, todas han hecho *fasco* completo. ¿Por qué? ¡porque no estaban bien preparadas! Creían poder presentarse y cuando estaban ante el público—el viejo profesor, que caminaba por la habitación agitando los brazos, se plantó ante Ariadna abriendo desmesuradamente la boca,—abrían la boca ¿y qué es lo que salía? un *couac* abominable, porque tenían miedo, porque no sabían ejecutar ó porque no habían aprendido suficientemente su papel... ¿Y tú quieres hacer lo mismo que ellas?

—¡Pero, mi querido profesor, trabajaré doble!—

suplicó Ariadna con las manos unidas y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Trabajarías ocho horas diarias para echarte á perder la voz! ¡Bonita idea has tenido! Acuérdate hija mía, que el trabajo moderado, el progreso lento, es el todo, y para tu gobierno no te olvides de ello; la precipitación no sirve para nada bueno, y para concluir, ¡qué diablo! yo también tengo interés en que seas una verdadera artista ¡una cantante seria! ¡Parece que no quíeres acordarte de esto!

Ariadna bajó la cabeza. Su profesor tenía razón; debía hacer todo cuanto fuese necesario para llegar al apogeo de su gloria: era una deuda sagrada. Regresó á su casa preguntándose cómo se las arreglaría para vivir con diez y seis rublos y medio al mes (un poco más de cincuenta pesetas). Le era preciso comprarse calzado, sombrero, guantes, todo lo que necesita una mujer por modesta que sea.

—¡Y las lecciones!—exclamó Ariadna de repente. —Daré lecciones de piano. ¡Me había olvidado de esto!

Regresó en seguida á casa de su profesor para suplicarle le permitiese dar lecciones de piano. Morini, que ya se arrepentía de su cruel contestación, no sólo le otorgó el permiso que pedía, sino que le prometió buscarle discípulas.

Era preciso buscar habitación. Ariadna hizo anunciar en los periódicos que una señorita, discípula de Morini, buscaba mesa y habitación á cambio de lecciones. Recibió algunas proposiciones, quedando al parecer arregladas, pero al día siguiente recibía una cartita seca, en la que le decían haber cambiado

de opinión...

Necesitó algunos días para comprender todo aquello, es decir, la causa de los cambios de parecer. A la tercera ó cuarta tentativa, lo adivinó; le preguntaban siempre en dónde había estudiado; decía que en el instituto, y naturalmente, iban allí á pedir informes y sabían por qué fué expulsada, y huían de ella como de una apestada.

—Tienen razón—se dijo Ariadna;—no se me puede admitir; tenerme al lado de jóvenes inocentes; se desconfía de mí. Yo haría lo mismo en su lugar. ¡Pero que injusta es la suerte conmigo!

Estaba tan lejos de creer en el mal, que en sus accesos más violentos de cólera interior, no acusaba nunca á la Grabinof. Nunca hubiese podido creer la infamia que se cometió con ella haciéndola víctima de una falta cuyas culpables eran conocidas. Esto valía más para ella, pues el desfallecimiento que le hubiera producido, tal vez la hubiese llevado al último límite de la desesperación.

Para consolarse de sus penas, estaba una tarde sentada al piano haciendo vocalizaciones, cuando oyó llamar. La criada de la señora Sékouróf, que aun estaba á su lado, en espera de resolver aquella situación, fué á abrir; pero antes de que hubiese tenido tiempo de anunciar la visita, Olga entró con rapidez en el saloncito.

—¡Mi pobre Ariadna!—dijo la princesa,—¡qué desgracia te ha ocurrido! ¿Por qué no has venido á decírmela? Ayer me enteré. ¡Has hecho muy mal, muy mal!

—¿Para qué?—murmuró Ariadna.—Esto no podía

servirme de nada. ¿Quién te lo ha dicho?

—No lo sé. Alguien lo dijo ayer en mi casa. ¿Y bien, qué vas á hacer? ¿Cuándo debutas?

—Dentro dos años—dijo con tristeza la joven artista.

—¡Dos años! ¡Dios mío, que plazo tan largo! Y de aquí á allá ¿qué vas á hacer?

—Trabajar—repuso Ariadna con resignación.

—¡Trabajar! está muy bien; pero hay que vivir. ¿Tienes recursos?

Ariadna movió negativamente la cabeza.

—¿De qué vivías?

—De los beneficios de la protectora que me acogió cuando todo el mundo me rechazaba... Perdón; tú también has sido buena para mí, en el instante en que era objeto de vergüenza y horror para las demás.

Olga había bajado los ojos. Un invencible sentimiento de pudor la asaltaba siempre ante aquel recuerdo **doloroso**.

—Vivo—continuó diciendo Ariadna con dolorosa ternura—de lo que me ha dejado la buena mujer que me recogió, mantuvo, vistió y dado medios para ser alguna cosa, y cuya sublime bondad no he conocido hasta el instante en que era demasiado tarde y que nada podía hacer ya para demostrale mi gratitud.

—¡Cómo! ¿demasiado tarde?—preguntó Olga, no sin alguna inquietud.

—Sí, algunas horas antes de que muriese, he sabido que fuí expulsada del instituto, no como yo creía, por insubordinación, sino por mala conducta; por haber recibido á un joven...

—¡Ah! —exclamó Olga suspirando dolorosamente.

—Mi vergüenza es muy conocida; de ella se habló el otro día en el concierto, y sin embargo, ¡tú sabes si yo he pensado nunca en otra cosa más que en Dios y en la música!

—¡Ah, es verdad!—dijo involuntariamente Olga. —¡Si alguien en el instituto ha tenido un mal pensamiento, seguramente no era á ti á quien se le podía imputar!

—No importa—continuó Ariadna dejando que el dolor de su alma herida se desbordase,—he sido juzgada y condenada... Se me dejaría morir de hambre, pues no puedo encontrar un asilo... Felizmente, mi bienhechora no me creía culpable; sabía que era inocente y me ha dejado todo lo que poseía.

—Cuánto.

—Dieciseis rublos y medio de pensión al mes. Es un pedazo de pan, como me dijo. ¡Oh venerada protectora mía, me has recomendado que no desmaye; no desmayaré!... ¡El hacerlo sería una ingratitud!

Ariadna lloraba amargamente, ocultando el semblante con sus manos; acababa de revelar el secreto de sus meditaciones, desde que murió la señora Sékourof. En la angustia de su abandono, se había jurado permanecer honrada, sufriese lo que sufriese, á fin de hacer honor á la que la amparó cuando era calumniada.

Olga dejó llorar durante algún tiempo á la desesperada huérfana: también sus ojos estaban húmedos; pero el remordimiento la impedía mezclar sus lágrimas con las de Ariadna. No se atrevía ni podía decir nada á aquella inocente que estaba sufriendo

las consecuencias de la falta que ella cometió.

—¡Ah, si yo lo hubiese sabido!—pensaba la princesa Olga.—¡Si yo hubiese sabido el mal que causé á otra!...

Su cerebro recordó con disgusto las escenas del refectorio, que tan caras habían costado á su compañera. Hubiese dado toda su fortuna por ser inocente y recordar el pasado sin avergonzarse.

—¡Pero yo no he hecho nada malo!—decía el indomable orgullo de la princesa.

—Y sin embargo, veo que le haces sufrir—respondía la conciencia.

—¿Dónde irás á vivir?—preguntó Olga con dulzura al ver que las lágrimas de Ariadna se habían secado algo.

Desde hacía un momento la cabeza de su amiga reposaba sobre su hombro.

—¡A ninguna parte!—dijo la abandonada.—Nadie me quiere. Mis antecedentes impiden que halle un asilo honrado.

—¿Tú no puedes dar lecciones?—preguntó con timidez la rica heredera.

—¡Nadie quiere mis lecciones!—exclamó Ariadna irguiéndose con brusquedad. ¡Comprende que estoy deshonrada! Qué madre me dejará que hable con su hija; no puedo encontrar albergue más que en una casa donde no se preocupen de la honradez de las mujeres. ¡En fin, soy una perdida! Perdida hasta el día en que me presente en escena. ¡No dejaré de ser menos perdida; pero al menos tendré pan! ¡En el teatro no hay tanta escrupulosidad en las costumbres!

Se volvió con amargura.

—Escucha, Olga—le dijo.—Tu puesto no está aquí; te perjudicas al venir á verme, pues nadie viene á visitarme; yo no soy una persona con la que se pueda tratar. Déjame que te dé las gracias por la amistad que me has demostrado; data desde mi infortunio, y por consecuencia no puede ser más noble ni más generosa; pero te será fatal. ¡Adiós, abrázame, y no vuelvas más aquí!

—¡Ven á verme!—dijo Olga con humildad, sintiéndose muy pequeña ante su infortunada compañera.

—No, yo no debo ir á verte; además, tu madre no lo permitiría.

Olga se había levantado, quedándose en pie, indecisa; parecía escuchar una voz que le hablaba en su interior.

—¡Hasta la vista!—dijo con brusquedad.

Abrazó á su amiga y desapareció.

Al cabo de un instante, Ariadna oyó rodar su carruaje.

—¡No tengo á nadie en el mundo!—dijo en alta voz.

El ruido de sus palabras la espantó; estaba ya acostumbrada á la soledad.

Dió algunas vueltas por la desierta habitación, pues la mayor parte de los muebles habían sido arrebatados ya por los herederos impacientes, y sintiendo aumentar su dolor y su amargura, dejó correr las lágrimas y escapar las palabras; bajó la cabeza con sumisión, como ante un ser invisible.

—¡Sed paciente, sed generosa!—murmuró,—estas

fueron sus últimas órdenes. Seré paciente y generosa.

Volvió á sentarse al piano y poco á poco la paz que la producía el arte descendió sobre su alma fatigada.

XIX

Olga, al regresar á su casa, halló ausente á su madre, lo cual sucedía con frecuencia. Despidió á su camarera, que la había acompañado en la expedición, sumiéndose en meditaciones, sentada en el fondo de un mirador cubierto, contiguo al salón amarillo. Lo que entonces meditó y resolvió, lo decía su semblante con una expresión de valor y de firmeza hasta entonces tan desconocida, que su madre al regresar la miró con detención.

—¡Dios mío, qué aspecto! ¿De dónde vienes con esa cara tan adusta?

—Mamá, tengo algo que decirle—repuso evasivamente la joven.—¿Puedo hablarle de un modo confidencial?

La princesa miró á su hija con profunda atención.

—¡Pardiez!—se dijo,—¿habrá cometido alguna tontería?—Ven á mi tocador—repuso con seriedad,—hablaremos mientras me visto para la comida.

Pasó delante, y su hija la siguió hasta la magnífica habitación, fresca y perfumada, que le servía de gabinete-tocador. Una camarera, traída exprofeso de la Rusia pequeña, para tener más seguridad de que no sabía el francés, vino á ayudar á la princesa,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. AUTÓNOMA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, N.M.